

este padre afligidísimo, que pronto va á verse privado de su hijo.

Adiós. Si te escribiese Antonio, te incluiré su carta dentro de la mía. Tu invariable amigo, que te espera cuanto antes, para abrazarte y llorar juntos.



CARTA II.

Antonio á Manuel.

Mérida, 12 de Diciembre de 1823.

Manuel mío querido: acuérdome, como si hoy pasara el suceso, que siendo nosotros muy niños, nos llevó el negro Joaquín á una fiesta, que los frailes solemnizaban en San Francisco. Era de noche, y en medio de las músicas, de los gritos de júbilo, de los aplausos, y de un estrepitoso repique de campanas, comenzó á elevarse un vistosísimo globo, inflado de humo, y sembrado de luminarias y banderolas. Era éste, sin embargo de sencillo, espectáculo muy raro entonces en la ciudad. Todos anunciaban que el globo se perdería en las nubes; y más de seis mil personas coronaron las murallas de la ciudadela, y las azoteas inmediatas.... De improviso, una ráfaga de aire hizo

columpiarse al globo con violencia.... cien rápidas oscilaciones siguieron.... la cestilla, ilena de betún y de materias inflamables, se volcó dentro del globo, y en veinte segundos se inflamó aquel coloso, se redujo á pavesas, y todo quedó sumido en obscuridad espantosa, después de haberse iluminado brillantemente la atmósfera. Las gentes se dispersaron en silencio, y tú y yo llorábamos amargamente, porque el globo había concluído su carrera, cuando la comenzaba aún. Yo no sé por qué este suceso, tan insignificante en sí, hizo en mi alma tan profunda impresión: ello es que siempre le he recordado con un vago afecto de pavor y espanto. Acaso un fatal presentimiento me anunciaba que en aquel globo debía ver, sin comprenderlo, la imágen ó la alegoría de mi corta existencia.

Tal vez te sorprenderá esta última especie, y la seguridad con que te la refiero. Nada es, sin embargo, más cierto, querido amigo. Has de saber que yo estoy "lazarino," que tengo que abandonar todo, pasar los pocos días que me quedan en la tierra, lejos de cuanto he amado en el mundo, y morir en el solitario hospital de San Lázaro, en medio de los más agudos dolores y sufrimientos, cubierto de miseria y podredumbre. ¡Tal es la tristísima suerte que me espera! ¡Se acabó todo para mí! La creación ha des-

aparecido súbitamente á mis ojos, en el momento mismo en que yo comenzaba á conocer y á apreciar sus bellezas. ¡¡¡ Yo estoy "lazarino!!!" ¿Sabes tú todavía lo que es un "lazarino?" Figúrate un hombre cubierto de pústulas malignas, que destilan cierto licor acre y corrosivo, de un feto espantoso: la piel escamosa, y sembrada de grietas: calvo, sin cejas, y la nariz deprimida: las orejas prolongadas, los pies adoloridos, las manos contraídas, y hecho un volcán el cerebro. Allí tienes un mal acabado retrato de lo que viene á ser el infeliz acometido de esta espantosa y mortífera enfermedad, para la cual ¡oh idea horrible! no hay remedio conocido. Imagínate al pobre "lazarino," que las leyes no pueden tolerar, por un temor, fundado ó infundado, de que el mal se comunique á otras personas, y se generalice en la población: imagínate, digo, al pobre "lazarino" en la flor de su edad, arrebatado, por una policía vigilante, del seno de sus padres y amigos, llevado á un hospital lejano, aislado, casi solitario, y en donde se come, conversa y duerme con espectros, esto es, con los demás "lazarinos," que esa misma policía ha encerrado en aquel fúnebre recinto, prohibiendo á todos el acercarse á un lugar, de donde sólo pueden salir veneno, contagio, pestilencia y muerte.... ¡Oh Dios mío! He aquí un bosquejo de la si-

tuación de tu Antonio, de tu amigo y compañero inseparable. Cuando vivíamos juntos, hasta ahora pocos meses, entregados al estudio y á la lectura, dibujando hermosos paisajes, haciendo brotar de la flauta torrentes de suavísima armonía, llenos de salud, de vida y de contento, ¿podrías creer, querido mío, que dentro de tan poco tiempo, ese germen horrible, que se ocultaba en mis entrañas, pudiese desarrollarse con tal rapidez, mezclarse en la masa de mis humores, rendirme de esta manera, y que de un solo golpe arrancase del corazón mis proyectos, mis ilusiones, mis goces, mi felicidad y mi ventura?

Al despedirme del mundo para siempre, he creído un deber mío el referirte, aunque tu alma sensible se contristase demasiado, mi situación actual, y los motivos que la han producido. Voy á abrirte mi corazón, como lo he verificado ya con Melchor; pero te ruego que mientras viva, que será poco tiempo, no reveles á persona alguna los pormenores en que voy á entrar, para ahorrarme la vergüenza de que sepan mis crímenes; porque en tal caso, mis remordimientos serían mayores y más dolorosos, que los que ahora experimento. Esto haría insoportable la vida.

Recordarás, sin duda, que á pesar de

las observaciones de los maestros, para quienes siempre fuí dócil: de las amenazas de mis padres, á quienes he rendido la veneración más profunda; y de tus advertencias, que jamás he dejado de escuchar con deferencia y estimación, yo entretenía ciertas relaciones con aquel joven español, que vivía ahora tres años en casa de D. N**, paisano suyo, que por compasión lo había recogido, mientras le era posible proporcionarle una colocación, que ya comenzaba á ser difícil, por las circunstancias políticas del país. Pues este desventurado me encontró un día en la "Cruz de Gálvez," de una manera como casual, aunque á mí me pareció que estaba en acecho en una callejuela inmediata, para abordarme á mí, ó al primero que se acercase. ¡La fatalidad me escogió para ser la víctima de aquel impío! Entramos luego en conversación: me habló de sus padres, de sus amigos, de su querida patria, de sus desgracias, y después... de su pobreza. Supo apoderarse tan bien de mi corazón, que desde aquella hora le ofrecí mi amistad, mi bolsillo, y todos los pocos medios que en su favor podía emplear un hijo de familia como yo. Su relato fué para mí tan interesante, que á pesar de haberme suplicado, con mucho calor, que no refiriese á persona alguna su conversación, ni hablase á mis padres de aquella nueva amistad, no me

atreví á sospechar de su persona, ni de su conducta. ¡Me parecía tan sentido y natural todo cuanto me dijo! ¡Qué quieres! ¡Yo era tan joven, tan sensible, y he amado con tal ternura á todos mis semejantes! Yo no podía creer que mi generosidad, mi confianza sin límites, pudiese suministrar recursos á un malvado, para perder á un joven inexperto, educado en la más rígida moral, sencillo, y que no había hecho daño á mortal alguno. El libro del gran mundo, es un libro abierto para todo el género humano; pero no todos podemos leer en él, ó, mejor dicho, no todos podemos comprender sus provechosas lecciones, sino después de una dolorosa experiencia. ¡Hombre malvado!; á él debo mis desgracias, mi enfermedad, y mis remordimientos: á él, que sólo obtuvo de mí, cariño, amistad, benevolencia y dinero. Ve escuchando y horrorízate.

Pronto observaron las personas que se interesaban por mí, que me hallaba ligado con aquel mal hombre. Fuese que tenían algún antecedente de su conducta, ó que, más suspicaces y experimentados, acertasen en sus juicios con más seguridad, ello es, como recordarás, que mis padres me hicieron serias demostraciones, el doctor advertencias muy oportunas, y hasta tú solías increparme. ¡Injusticia del mundo! exclamaba yo: ¿es po-

sible que un infeliz, sólo por serlo, se atraiga la aversión hasta de personas sensatas? Entretanto, yo guardaba silencio. Mis padres me parecieron demasiado escrupulosos, el doctor y tú impertinentes ó alucinados. Así fué que, con precaución y reserva, yo me dejé arrastrar de mi natural inclinación: estreché más y más mi amistad con aquel desventurado, que reputaba víctima de su desgracia; y continué en su trato, dándole con afecto y cariño todo cuanto necesitaba.

Díjome un día que era casado, y que su esposa, en unión de una hermana que siempre la había acompañado, estaban á punto de llegar.

Yo creo que ese hombre vió la sorpresa pintada en mi frente. Por la primera vez, dudé algo de la sinceridad de su lenguaje anterior. En efecto: en los minuciosos relatos que de su vida y aventuras me había hecho, jamás me había insinuado la especie de que fuese casado; antes al contrario, yo me figuré, por lo que me decía frecuentemente, que su emigración y desgracias le habían impedido realizar su matrimonio con una doncella valenciana, á quien amaba con mucha ternura. Verdad es que nunca en este punto había sido muy explícito; pero como por sus palabras yo había llegado á entenderlo así, después de meditarlo un momento, le hice, del mejor

modo posible, la observación que me ocurría.

—¡Ah! sí, es verdad, me dijo: confieso humildemente que no le he hablado á usted con la franqueza y claridad que debía; pero, amigo querido, atribúyalo usted á lo que guste, menos á desconfianza, ni á ningún otro siniestro motivo. ¡He recibido tantos golpes, tantos desengaños funestos! Esa doncella es mi esposa. ha llegado á la Habana en solicitud mía, porque la informé de mi venida á la América, sin designarle el punto: felizmente, ó no sé si por mi desgracia, no ha faltado quien le manifestase que yo estaba en Yucatán, y acabo de recibir, por conducto de un amigo mío, esta carta, que puede usted leer si tiene alguna duda.

Sacó de su cartera un pliego, que yo no quise examinar por miramiento. Pero él se empeñó en leer su contenido, suplicándome lo escuchase. Era una carta muy sentida y apasionada de la que él llamaba su esposa, quien le decía, en conclusión, que en el primer barco se dirigiría á Sisal.

—Suponga usted, amigo de mi alma, me dijo concluyendo la lectura de la carta, la sorpresa que esta novedad me ha causado, y el compromiso en que irremisiblemente voy á verme, sin recursos, sin conexiones, y sin tener á quien confiar-me.

Había en este modo de decir, cierto aire algo villano, que me desconcertó un tanto. Sin embargo, hice un esfuerzo sobre mí mismo, diciéndole:

—Usted sabe que, aunque mis padres son medianamente ricos, yo no puedo disponer, sino de lo poco que debo á su bondad, y empleo en mis inocentes diversiones. Cuente usted, no obstante, con lo que yo tengo ahorrado, que todo llegará á doscientos pesos: es algún auxilio, y ¡ojalá pudiera proporcionarle mayor suma!

—¡Oh, mi querido amigo! Bendita sea la Divina Providencia, que, por medio de un joven tan sensible y generoso, se digna protegerme, y velar por las criaturas abandonadas. Yo doy á usted, amigo incomparable, un millón de gracias; por el auxilio que me ofrece, y espero en Dios que muy pronto he de mostrarle toda la extensión de mi profundo reconocimiento.

Y me tomaba la mano, la besaba, me abrazaba, y lloraba á lágrima suelta.

Al día siguiente, puse en sus manos trece onzas de oro, y marchó á Sisal en busca de su esposa, que debía llegar de un momento á otro. Al partir volvió á encargarme la mayor reserva, y me dijo que había amueblado una casita, en una calle poco frecuentada y lejana. Jamás se me ocurrió preguntarle el motivo de no

traer públicamente á su esposa, presentarla en la sociedad, y vivir con ella sin misterio, en un país en donde nada absolutamente tenía que temer. De él nació el decirme, en nuestra última entrevista, que no lo haría tan pronto, porque aun no había podido colocarse debidamente; y que mientras esto no sucediese, el exponerse á perder el arrimo de su viejo paisano, que lo protegía, era para él una desgracia irreparable, en el estado actual de sus negocios. Nada me ocurrió contra una resolución, que me pareció tan natural y tan plausible; y lejos de eso, yo mismo le dí algunas instrucciones, para guardarse mejor de ser visto y observado.

Pasaron ocho días. Al cabo de ellos recibí un billete de mi amigo, en que al darme la noticia de su feliz llegada, en unión de su esposa y la hermana de ésta, me enviaba, á la vez, la dirección de la casa en que se habían alojado, suplicándome que pasase á verlos, tan luego como me fuese posible. No pude resistir á un mal reprimido sentimiento de curiosidad, si así quieres llamarlo; y pronto corrí en busca de los recién venidos. ¡He allí mi perdición, y mi muerte! Mi falso amigo me presentó á aquellas dos funestas mujeres, que emplearon en mi obsequio las palabras más dulces, y más lisonjeras á mi amor propio; á ese amor propio, que

tan frecuentemente nos ciega, llevándonos después á los bordes de un precipicio, para arrojarnos y sumirnos en él para siempre jamás. Yo no puedo expresarte hoy la vivísima impresión que me causó la vista de aquellas dos sirenas engañosas. Paulina, la que se llamaba esposa de mi pérfido amigo, tendría veintitrés años; y Juanita, su hermana, como diecisiete. Criaturas hermosísimas, y de una locución tan dulce y melodiosa, que desde aquel momento me sentí arrebatado, involuntariamente, á una esfera desconocida, llena de voluptuosidad y goces inexplicables. Juanita, sobre todo, me hirió tan vivamente, que desde aquella hora de maldición, le entregué mi alma, mi amor, mi vida, mi conciencia, y poco después... hasta el honor. Compadécete de mí, y permíteme que pase ligeramente sobre algunas escenas, que no puedo recordar sin ruborizarme y estremecerme. Sólo te diré, para que puedas quedar enterado, reservando á tu penetración todo lo demás, que en aquella casa me hicieron jugar el dinero de mis padres, y perderlo, y encenegarme en la lascivia, y en todos los desórdenes consiguientes. Yo robé dinero á mi padre, y una multitud de alhajas preciosas á mi madre; llegando al extremo de hacer vender hasta mis libros y ropa de uso. Creo que ninguno

se apercibió de lo que ocurría, porque este drama inmundado pasó con la mayor rapidez. En solo quince días, entregué en manos de aquellos verdugos infames, todo cuanto tenía yo de más noble y recomendable, siendo tal mi deslumbramiento y mi frenesí, que en ese espacio transcurrido, no pude, ni quise hacer una sola reflexión, sin embargo de sentir que el torrente me arrastraba, me arrebatava y me lanzaba hasta donde no podría calcular... ¡ay de mí!... hasta el hospital de San Lázaro.

Amaneció un día. No fué un día de desengaños, que harto desengañado debía yo estar; sino día de lección tremenda. Me dirigí á casa de mis falsos amigos, de mis cómplices en el crimen. Llamé á la puerta... nadie vino á abrirme. Una especie de terror involuntario se apoderó de mí. Clavado en aquel sitio, mil ideas horribles me asaltaban. A mis reiterados golpes, una mujer anciana, que vivía en la casa vecina, asomó por la ventana su arrugado y fatídico rostro. “¡Ah!, gritó al verme: hace una hora que le estoy esperando: los huéspedes han partido á media noche. Aquí tiene usted un billete que me entregaron para darle. Con que, buenos días, caballero. Si tuviese usted necesidad de mí, ya su cofrade... y sus conocidas... habrán dado á usted buenos informes de mi establecimien-

to, y de lo bien que sirvo á los amigos. Eso sí: en mi casa se juega limpio: yo no admito más que gente decente.” Maquinalmente tomé el billete, que me alargaba aquella infame y asquerosa bruja. Estaba yo petrificado de horror... la ira me sofocaba... ¡quién sabe lo que yo hubiera hecho, si en aquel momento la mano divina no me hubiera detenido! Reflexioné unos minutos, eché el billete en el bolsillo sin leerlo, cerró la malvada vieja su ventana gruñendo entre dientes yo no sé qué palabras obscenas, y corrí á casa á encerrarme en mi cuarto. Un poco más sereno, rompí el sello de la esquila, que aun conservo, y léi lo siguiente:

“Pobre mozo. La estación de los nortes ha pasado. Me urge ir á cierta guarida de la costa, en donde tengo á cubierto, hace cinco meses, mi pequeño guairo. Mi gente debe estar ya reunida, para salir mañana á la mar. Yo soy, si no lo ha comprendido bien, lo que en buen español acostumbramos llamar “un pirata.” Suelo divertirme en tierra con algunos tontos, como lo he hecho con usted; pero mejores presas me proporciono á bordo. Voy, sin embargo, á dar á usted un consejo, siquiera porque nos ha tratado como á cuerpo de rey. A usted le ha venido á cuento enamorarse de la dianche de Juanita, que es una de mis damas de ho-

nor. No es usted capaz de comprender todavía el mal que se ha hecho. Tome, pues, una buena dosis de mercurio: cárenese bien, á ver si en el año entrante puede navegar, aunque sea en bandolas. Saludos de la gente franca, y mande en su amigo.—Juan Cruyés.”

En el lance pesado que acababa de ocurrirme, yo me figuré que aquel bárbaro había empleado conmigo hasta la quinta esencia de la más refinada maldad; pero nunca, jamás, llegué á creer que el infame llevase hasta ese punto su atroz y odiosísima conducta. Yo estaba pasmado, me sentía sobrecogido de un pavor mortal, porque tantos crímenes juntos me parecían superiores á lo más salvaje é indigno, que un hombre dado de la mano de Dios podía inventar. ¡Mónstruo! Yo le había dado mi amistad con la mejor fe del mundo.... y él se recreó en causarme los más indecibles tormentos. Veía yo en esto un castigo del cielo; pero, ¡Santo Dios!, yo no fui culpable sino al fin,; y antes de llegar á él, la trama estaba urdida, y mi perdición acordada: ¿por qué, Dios mío, por qué?...

Una fiebre ardiente me acometió aquel día. Recordarás bien, sin duda, aquella fiebre. Dancourt penetró algo en medio de mi delirio, se sentó á la cabecera de mi cama, prohibió la entrada en mi aposento á todo el mundo, y ese amigo incompa-

rable se encargó de mí, casi exclusivamente. A los veinte días estaba yo fuera de peligro, y sin insinuarme cosa alguna directamente, se manejó el doctor de tal manera conmigo, escogió ciertas frases para ilustrarme, y empleó tales medios, en fin, que muy pronto recobré mi antigua calma, mis hábitos y mis amigos. Sólo me quedaban la vergüenza y los remordimientos, cuando me hallaba á solas conmigo mismo. La lectura y el estudio me dejaban poco tiempo, felizmente, para pensar en la burla cruel del falso amigo, y en las consecuencias que debía temer.

¡Consecuencias que muy pronto comencé á experimentar! Yo me ví entonces de las criaturas más afligidas. Era repugnantísimo para mí manifestarme á persona alguna, y estaba resuelto, más bien á sufrir la muerte, antes que hacer saber mi debilidad y mis crímenes vergonzosos, á aquellos individuos que sólo habían visto en mí un joven irrepreensible. Algo de orgullo, y más de imprudencia, había en este partido desesperado; pero ya sabes que tras de un abismo viene otro abismo. Mi destino había de cumplirse. Una á una comenzaron á aparecer, sucesivamente, todas las enfermedades venéreas más asquerosas. En mi propósito de no descubrirme, para sufrir una curación formal, no me quedaba más que

un partido, y lo adopté ciegamente. Con la mayor reserva me puse en manos de un insigne libertino, que me hacía desaparecer, sucesivamente, con sus menajes las enfermedades, los síntomas y sus vestigios; de tal manera, que ni aun el doctor llegó nunca á sospechar cosa alguna. Pero en fin, el progreso de los males parecía indefinido, pues no bien desaparecía uno, cuando venían otros en pos.

Habrà cosa de tres meses que el doctor observó, por casualidad, que yo tenía una úlcera pequeña y casi imperceptible, en uno de los ángulos lacrimales. Me miró fijamente, me apretó la mano con ternura, y me dijo con voz melancólica. “¡Antonio, mi querido Antonio! tú estás malo, muy malo, mucho más de lo que tú crees tal vez. Adopta un método, que voy á escribir ahora mismo, porque la cosa urge: síguelo con escrupulosidad, vuela á encerrarte en la hacienda de tu familia, y llevarás una carta para el cura del pueblo inmediato, que es un cura sumamente caritativo é inteligente en estas enfermedades.” Al oír este lenguaje, me quedé pasmado de terror. Guardé silencio, porque no me ocurrió nada que decir. Al día siguiente, muy temprano, me puse en marcha para la hacienda.

El cura, á quien dirigí la carta del doctor, por medio de un sirviente de la fin-

ca, vino á verme á los dos días. Hombre franco, estudioso y sensible, su ministerio, sin embargo, lo había familiarizado de tal suerte con las miserias de la pobre humanidad, que en sus maneras bruscas, y discursos raros, no parecía sino un clérigo duro y de una indiferencia estoica.

—“Buen amigo, aquí me tiene usted á sus órdenes;” fué el preámbulo de aquella primera visita del cura, que me tendía la mano, después de haberse despojado de la turca, y de una mala chaqueta de mahon.

—A las de usted, venerable señor mío. Tome usted esta silla para descansar.

—No... yo prefiero, con licencia de usted, esta suave y magnífica hamaca, que me parece de pita. ¿A ver? sí, de pita, y de pita excelente. Una hamaca semejante sería artículo de contrabando en la casa cural de mi parroquia.

—Puede usted disponer de ella, señor cura: yo tendría mucho gusto....

—¡Ah, no, qué disparate! Si en mi casa nunca dura, buena ó mala, ninguna hamaca. Luego, luego se la lleva algún pobre enfermo que carece de un mueble tan usual y necesario como éste. A propósito de enfermos, Dancourt me dice.... acerque, acerque usted su silla.... el pulso.... ¡eh!

Me examinó en seguida la lengua, el

aliento, y después de haber estado mirándome de hito en hito, prosiguió su interrumpido discurso.

—Bien: es decir, mal. Porque usted está enfermo.

—Algo me había dicho el doctor.

—¿Algo no más? Pues usted lo que tiene es un "gálico mal curado."

—"¡Gálico mal curado!!"

—¡Eh! ¿por qué se asombra?: ¿quién ha de saber mejor que usted...? digo, si es que lo sabe.

—Señor cura, por Dios: dígame cómo he de sanar: deme usted un remedio.

—¡Un remedio!... ya... puede tener remedio... aunque para eso se necesita el concurso de muchas circunstancias.... Si no fuese posible... no hay más que resignación. También los "lazarinos" suelen vivir mucho.

—¿Será posible, padre mío, que yo venga á terminar en "lazarino?" "¡Lazarino!"

—Tan posible, que, mejor dicho y sin rodeos, ya lo está usted completamente.

No tengo valor para recordar lo que entonces me pasó. Lloré á grito herido, me abracé con aquel bendito cura, él me consoló como mejor supo, y no me ha abandonado en todo el tiempo que permanecí en la hacienda. Me parece excusado decirte que, á pesar de los cuidados del cura, del régimen que me pres-

cribió el doctor, y de mi empeño decidido de recobrar la salud, nada pude conseguir. De día en día he ido agravándome: los médicos de aquí me han visto y examinado, y ya me han notificado la sentencia de muerte que he de sufrir, y muy pronto, en el hospital de San Lázaro. No me queda otro arbitrio, que resignarme con mi suerte, y pedir á Dios fortaleza y conformidad.

Ya he cumplido con los deberes de amigo, refiriéndote esta horrible desgracia, con todos sus precedentes. Me voy, mi queridísimo Manuel, me voy á San Lázaro. No volveremos á vernos nunca, jamás. El destino ha levantado una muralla de bronce entre este pobre leproso, y todos los objetos de su cariño. Pero á lo menos, nos escribiremos: ¿no es verdad? Rociarás mis cartas con vinagre y cloruro, y podrás librarte del funesto contagio. Ningún objeto de mi uso puedo dejarte, en memoria de nuestra antigua y sincera amistad, porque todo pertenece á un "lazarino."... ¡Adiós!... él ha permitido que no estuvieses presente al tiempo de salir de casa... en procesión fúnebre... para el sepulcro... porque no se multiplicasen mis angustias... ¡Adiós, otra vez!... Sé feliz, y recuerda siempre que tuviste un amigo que te amó con ternura... ¡Manuel mío!! mis lágrimas... ¡ah, no puedo! Adiós.